

## BIBLIOGRAFÍA

DEVORE, Paul L. (recopilador): *The origin of man*, 150 págs. The Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research Inc. New York, 1965. 10 \$.

Edición en mimeógrafo de las diversas comunicaciones presentadas a un Symposium sobre «El origen del hombre» y discusiones subsiguientes. La organización corrió a cargo del Profesor Sol Tax, director de la revista *Current Anthropology*, bajo los auspicios de la Wenner-Gren Foundation, y tuvo lugar en la Universidad de Chicago, durante el mes de abril. Reunió a ciento veintidós participantes de diversas especialidades, casi todos norteamericanos, relacionados con la Paleontología humana.

La breve trayectoria histórica de esta ciencia, y la relativa escasez de materiales de que dispone en relación con los ambiciosos objetivos de reconstruir la evolución humana y dilucidar el origen del hombre, justifica sobradamente la celebración, con relativa frecuencia, de reuniones como la de Chicago. Inauguraron ésta unas breves palabras del doctor Tax saludando a los participantes y justificando su celebración, las cuales, reunidas bajo el encabezamiento de «Introducción al Symposium» (Introduction to the Symposium), constituyen el primer apartado de la obra.

El principal interés del simposio se centró en torno a la conferencia de L. S. B. Leakey, «Hechos en vez de dog-

mas sobre el origen del hombre» (Facts instead of dogmas on man's origin).

En el transcurso de la misma, reproducida en el segundo apartado del libro, efectuó Leakey una amplia y detallada exposición de los importantísimos y abundantes restos de homínidos exhumados por dicho infatigable excavador en el barranco de Olduvai (Tangánica), en el que concurre la circunstancia sin par de haber proporcionado restos de todas las fases de la hominización actualmente conocidas. Las ideas sustentadas por Leakey a propósito del denominado *Homo habilis* fueron ampliamente debatidas, especialmente por parte del paleontólogo sudafricano Robinson, quien no admite la realidad de dicha forma como algo distinto de los Australopitecinos. La intervención de Robinson tuvo lugar en una sesión dedicada a la «Valoración de los descubrimientos de Olduvai» (Evaluation of the Olduvai discoveries), que es objeto del tercer apartado. En el transcurso de la misma Everden y Curtis aportaron diversas precisiones sobre la cronología absoluta de los Beds, de Olduvai y Cooke, sobre la fauna del yacimiento.

Bajo el lema «La clasificación considerada como síntesis» (Classification as synthesis), tuvo lugar otra sesión, inaugurada por Pilbeam con la exposición de sus ideas acerca del origen de los homínidos en el Mioceno y el Plioceno, exposición seguida de numerosos comentarios.

Los dos apartados que siguen están

destinados a las sesiones de trabajo dedicadas a «La conducta como fenómeno de adaptación» (Behavior as adaptation) y «Lenguaje y comunicación» (Language and communication), corriendo las intervenciones inaugurales de dichos temas a cargo de Devore y Slobin, respectivamente.

Otro capítulo de la obra está destinado a la conferencia pronunciada por Sherwood L. Washburn, en el que, bajo el original título de «Visión de la evolución humana por un antropoide» (An Ape's eye-view of Human Evolution), expuso el autor sus puntos de vista sobre el amplio panorama de la Evolución humana. La exposición fue seguida de numerosos comentarios que se incluyen en el texto.

«Cultura pleistocénica y lugares de habitación» (Pleistocene culture and living sites) es el título del apartado VIII. Corresponde a otra sesión de trabajo inaugurada por Clark, subrayando el interés que la Arqueología nos ofrece para la interpretación de la evolución de la conducta y de la evolución morfológica.

La sesión de trabajo sobre «Síntesis y evolución» (apartado IX) fue inaugurada por Howells, con unos comentarios sobre la significación de los hallazgos de Olduvai, siguiendo a continuación diversas intervenciones en que se comentaron los variados puntos de vista expuestos en el transcurso de las anteriores sesiones. La sesión final fue inaugurada por Geertz, siguiendo diversos comentarios, todos ellos reunidos en un capítulo final del libro bajo el título de «Resumen: próximas etapas en la investigación» (Summary: next steps in research).

Al final de la obra que comentamos figura la bibliografía concerniente al tema tratado en la sesión sobre «Lenguaje y comunicación» y una lista de asistentes al Simposio.

Las diversas exposiciones enumeradas, así como las críticas y comentarios suscitados por las mismas, constituyen una interesante puesta al día de los

centros de interés y líneas de investigación de la moderna Paleoantropología, por lo que la consulta de la obra resultará de interés para los especialistas en la materia y, en general, para cuantos se interesen desde un ángulo profesional por los problemas debatidos. Debe advertirse, con todo, que la ausencia de investigadores europeos restó, sin duda, amplitud a los horizontes del Simposio.

Un dato negativo a la obra que comentamos es la patente falta de cuidado puesto en su preparación; buena fe de ello la proporcionan las doscientas cuarenta y tres erratas advertidas, modificaciones y adiciones, muchas de ellas de gran importancia y extensión, consignadas en una hoja aparte, llegando a ser tal su densidad en numerosas páginas, que queda dificultada notoriamente su lectura. — M. FUSTÉ.

MASON, R. J.: *Makapansgat Limestones fractured stone objects and natural fracture in Africa*, en *The South African Archaeological Bulletin*, vol. XX, n.º 77, I, marzo 1965. Johannesburg, págs. 3-16, 4 figs.

Creemos este trabajo especialmente interesante, porque sabemos afecta un tema muy discutido, el valor que hay que dar a la industria de los guijarros. Muchas veces nuestros lectores, como nosotros, se habrán preguntado si no sucederá con esta industria lo que ocurrió con los famosos eolitos. A través de la opinión de muchos competentes prehistoriadores del vecino continente se adivinaba un cierto escepticismo mal contenido. Ahora Mason, con esa tenacidad y espíritu minucioso de que ha dado tantas muestras, la escuela británica trasplantada al África oriental y meridional, estudia el caso de miles de piedras recogidas en las canteras de Makapansgat, con apariencia de haber sido labradas por el hombre.

El problema fue planteado ya para la «pebble.culture» hace tiempo, y a partir de los trabajos de Bishop en 1958 en el valle del Kafu, insistiendo en puntos de vista que habían ya sido señalados por Hazzledine-Warren, quedó desechada la condición de fruto del trabajo humano para él, durante cierto tiempo, famoso Kafuense. La decisión que se toma es grave cuando se trata de piedras halladas en niveles claramente pleistocenos que caen dentro del margen de probabilidades de que hayan sido fruto del trabajo de algún Homínido durante el cuaternario.

En las trece localidades estudiadas por Mason, éste ha llegado a la conclusión de que hay una serie de causas naturales de fractura que dan una escasa proporción de lascas respecto a los núcleos; también en la fractura natural predomina la lasca lateral; evidentemente las fracturas naturales a lo largo de dilatadas etapas ofrecen un margen de escasa variación en los tipos de fractura.

No vamos a seguir el modélico y minucioso trabajo de Mason que resume en un curioso gráfico. De todo ello deduce el carácter natural de los guijarros más o menos fracturados de las canteras de Makapansgat. Tan sólo se podría aceptar el carácter humano de algunas de estas piezas si se encontrasen en un nivel de habitación, cosa que no ha ocurrido todavía. Algunas de las fotografías con que ilustra su trabajo Mason nos parecen sensacionales.

Una vez más se nos llama la atención para no dejar correr demasiado la fantasía en lo que respecta a tan remotas industrias. Si se acepta el fracaso del Kafuense y de la «pebble.culture», por lo menos parcial en lo que atañe a esta última, se refuerza evidentemente la hipótesis de Leakey y sus colaboradores acerca del *Homo habilis* y de su capacidad como productor de artefactos por primera vez en la Historia humana. No quedaría para los australopitecos más que la

muy hipotética industria osteodentóquerática sugerida por el prof. Dart. M. LUISA PERICOT.

STEARNS, C. E.; THURBER, D. L.: *The 230 U 234 dates of late Pleistocene marine fossils from the Mediterranean and Moroccan littorals*. «Quaternaria», VIII. Roma, 1965, págs. 29-42.

Un nuevo método de datación por el análisis radiactivo parece haber llegado a su madurez. El material usado son los moluscos fósiles, con lo que se podrían fechar los sucesivos niveles marinos. En el presente trabajo ello se aplica a muestras obtenidas en los litorales marroquí y mediterráneo. La fase anfatiense de Marruecos y la primera aparición del *Strombus bubonicus* en el Mediterráneo, se remontan a más de 200.000 años. Entre 140.000 y 115.000 el nivel marino era alto; otra etapa de nivel marino alto, interglacial, va del 75.000 al 90.000. Nos interesan especialmente algunas fechas obtenidas en costas españolas. Así, el Tirreniense I de Cabo de las Huertas (Alicante), al igual que el de la costa mallorquina, superan los 200.000 años. El Tirreniense II de Mallorca empezaría el 135.000 para acabar el 115.000, y el de Cabo de las Huertas sería del 83.000. El Tirreniense III de Mallorca, del 75.000, y el de Cabo de las Huertas, del 32.000. El interés de estas dataciones es evidente para confirmarnos la cronología del Paleolítico. — LUIS PERICOT.

DESMOND CLARK, J.: *The prehistoric origins of African culture*. Journal of African Studies, vol. V, 1964, n.º 2, págs. 161-183, 8 mapas y un gráfico.

Tenemos interés en señalar ese corto artículo de no más de veinte páginas,

pues en él el profesor Clark, tan conocido por su labor en África meridional y oriental, nos da un claro resumen de lo que fue el proceso de la cultura africana tal como los ya numerosos resultados obtenidos permiten sintetizar.

Un resumen admirablemente trata de se concreta en ocho mapas, que a la par que nos dan la distribución de las principales culturas paleolíticas, muestran los grandes vacíos que el occidente africano presenta en su estudio. La indicación de la fecha de C 14 en la mayoría de estaciones establece una buena cronología relativa y una probable serie de fechas de las cuales deseáramos resaltar algunas, como las de varios yacimientos de la cultura de Still Bay, alrededor de los 20.000 años antes de J. C., curiosamente paralelo de las fechas del solutrense del occidente europeo; fechas ligeramente posteriores resultan para el ateriense sahariano. Más complejas en su interpretación son las fechas para el comienzo del neolítico desde el Egipto y la Cirenaica hasta el Mogreo. Clark acepta que el comienzo de la agricultura y la ganadería no aparece en Egipto hasta la segunda mitad del sexto milenio o los comienzos del quinto, más tarde por tanto que en la región asiática vecina, y que desde Egipto tales progresos llegaron a Cirenaica alrededor del 5000 a. de J. C., y por el Sahara, entre el 3500 y el 3000. Sin embargo, no fue hasta después del 2500, al empezar a secarse el Sahara, que empezó a manifestarse la revolución neolítica en los territorios al sur del desierto. A partir de ese momento es curioso seguir el proceso de transformación de los pueblos paleolíticos africanos con la formación de las culturas negroides modernas, que constituyen una edad del hierro, desde el comienzo de nuestra era.

El autor es partidario de dar la mayor importancia al medio como causa de las variaciones culturales, admite que la difusión de una Edad del Hierro en el África meridional se debe tanto

a la adaptación como a la emigración, y destaca la continuidad cultural africana desde la Prehistoria hasta los tiempos modernos. — L. P.

ROSENFELD, André: *The Inorganic Raw Materials of Antiquity*. Weidenfeld and Nicolson. London, 1965. XIII+245 págs. y 26 láms.

Aunque cada vez es más necesaria la presencia o ayuda del geólogo en el campo de las excavaciones arqueológicas, es sumamente útil el que el arqueólogo tenga un conocimiento, al menos rudimentario, de los materiales inorgánicos (rocas, metales y toda clase de minerales) que pueden aparecerle en un momento dado en la excavación. Necesita poder hacer una primera identificación de los materiales, aunque luego se haga un estudio más completo de ellos por un especialista. Este libro viene a resolver este problema en la literatura arqueológica.

La primera parte del libro trata de los problemas de orden técnico, la calidad de los materiales, su origen y formación; así, los capítulos 1-5 dan los datos básicos para la identificación macroscópica de los minerales, rocas y metales, de forma elemental, pero suficiente. Los capítulos 6 y 7 tratan de los instrumentos y construcciones hechas a base de estos materiales, y cómo el carácter de estos puede influir en su tipología. El capítulo 9, finalmente, trata del aspecto y pátina que pueden presentar y las dificultades de su identificación, así como de los métodos de datación a partir de determinados materiales: obsidiana, rocas de composición de Potasio-Argón, y materiales cerámicos.

Unas seleccionadas fotografías y sobre todo unos índices utilísimos, que permiten localizar rápidamente el material que interese, completan esta útil obra. — ANA M.<sup>a</sup> MUÑOZ AMILIBIA.

*Estudios de Arqueología alavesa*. Diputación Foral de Alava. Consejo de Cultura. Vitoria, 1966. Tomo I, 164 págs. y figs.

Como culminación del interés y de los trabajos arqueológicos realizados en la provincia de Alava, y siguiendo la línea iniciada en 1958 con la publicación de las memorias de excavaciones del Oppidum de Iruña, de Gratiano Nieto, la Diputación Foral de Alava ha iniciado la edición de esta revista monográfica, que, a ser posible, tendrá periodicidad anual.

El contenido de este primer número puede dividirse en dos partes con personalidad propia, diríamos casi que independientes. La primera la constituye el artículo de Enrique Vallespi, *Las investigaciones prehistóricas en la provincia de Alava*, texto de la lección de apertura del curso 1965-66 en la Facultad de Filosofía y Letras, sección de Vitoria, de la Universidad de Deusto, en el que se resumen todas las actividades arqueológicas desde el año 1831 — hallazgo fortuito del dolmen de Aitzkomentdi — hasta la etapa actual, con José M. de Barandiarán y la nueva promoción de arqueólogos. Visión general, de síntesis, documentada con interesantes notas y referencias bibliográficas que la convierten en un útil instrumento de consulta. José M. de Barandiarán presenta dos artículos. En el primero, *Exploración de Aitzkomentdi*, estudia nuevamente sus materiales y da noticia de los trabajos realizados en 1965 para dar mayor realce al monumento y estudiar y comprobar observaciones anteriores. En su otro artículo, *Excavaciones en el montico de Charratu (Albaina)*, da noticia de la primera campaña de excavaciones efectuada en 1965 en una cueva y cámara sepulcral artificial, y presenta detallado inventario de los materiales exhumados, lo que permite abrigar fundadas esperanzas en este yacimiento.

La segunda parte del volumen está dedicada a los trabajos presentados a

la V Reunión del Instituto de Investigaciones «Aranzadi», que se celebró en Bilbao en marzo de 1966.

Se recogen aquí los trabajos siguientes: Ignacio Barandiarán, *Sobre la tipología del arte rupestre paleolítico*; José M.<sup>a</sup> Merino, *Comentarios sobre tipología prehistórica*; Juan M.<sup>a</sup> Apellániz, *El hacha de Délica y las hachas de metal en el País Vasco*; José Miguel Ugartechea, *Notas sobre el Bronce final en el País Vasco*; Armando Llanos, *Resumen tipológico del arte esquemático en el País vasco-navarro*, ponencias todas ellas de interés por el estudio de la problemática arqueológica regional que presentan, con nuevas hipótesis de trabajo que no dudamos serán discutidas en más de un caso.

Se completa la revista con una sección de *Notas breves*, noticiario que, bien orientado, puede constituir, pese a su brevedad, un valioso instrumento de consulta y una puesta al día constante del catálogo de yacimientos arqueológicos.

Saludamos, pues, desde estas columnas a la nueva revista arqueológica, y felicitamos sinceramente a la Diputación Foral de Alava por la empresa iniciada, en correspondencia con el entusiasmo de los arqueólogos de la provincia y del interés que todos en general tenemos por esta área tan importante. — R. MARTÍN TOBIAS.

CAMPS-FABRER, Henriette: *Matière et art mobilier dans la Préhistoire nord-africaine et saharienne*. Mens. du Centre de Recherches Anthropologiques, Préhistoriques et Ethnographiques, V, Paris (Arts et Métiers Graphiques), 1966. Prefacio de L. Balont. 574 págs., 149 figs., 6 mapas y 68 láms.

Para quienes andamos preocupados por los posibles contactos entre el África menor y España en los tiempos

epipaleolíticos y protoneolíticos, la tesis doctoral de la señora Camps, publicada con la riqueza de ilustración y el cuidado a que nos tienen acostumbrados los arqueólogos franceses del Norte de Africa, constituye un espléndido regalo. En ella se reúnen materiales muy dispersos cuyo acceso en la bibliografía corriente es difícil. Una primera parte está dedicada al trabajo del hueso. La segunda trata de los grabados y esculturas en piedra y de los huevos de avestruz grabados (estos últimos abundan a partir del capsense típico). La tercera se ocupa de la cerámica neolítica y su decoración. Unas razonadas conclusiones generales terminan la obra y dan interesantes opiniones sobre el desarrollo del capsense en relación con el ibero mauritánico. Este último, que carece casi por completo de arte, no acaba de definirse y se señala en él la presencia de un utillaje pesado de tradición arcaica y una distribución que no se aviene del todo con la idea de una facies litoral del capsense.

Del fragmento de huevo de avestruz con animal pintado y grabado de Ued Mengub, que tanto nos había impresionado, y de las plaquitas grabadas con husos rayados, entre las cuales se cuenta la del capsense típico de El Mekta, que comparamos con un grabado sobre piedra del Parpalló, nada nuevo decisivo se nos aclara. No abandonamos del todo la idea de una tradición mediterránea recogida en este arte capsense.

En el capítulo de la cerámica es interesante la presencia de cerámica con decoración cardial, abundante en Achakar, pero limitada a la zona marroquí al sur del estrecho. En cambio, la cerámica de tipo sahariano, impresa con peine u otros medios, es muy abundante. La cerámica de la región de Orán, con sus incisiones y sus formas, se compara por la autora con la andaluz de los niveles de Piñar por encima de la cardial.

En cuanto al vaso campaniforme, se le señala en la costa marroquí:

Achakar, Gar Cahal, Caf That el-Gar, Mehdiya, Dar es-Soltan y Temara; y en Argelia occidental: Rhar en el-Fernan (Saida) y cueva del Ued Saida. Forma un conjunto muy clásico, al que cabe aún agregar otros hallazgos dudosos.

Es muy esperanzador el comprobar que el impulso de los estudios arqueológicos en el Norte de Africa — como por otra parte estamos viendo continuamente en el resto del continente — tras un leve paréntesis vuelve a mostrarse pujante y sigue dándonos obras tan brillantes como la que acabamos de comentar. — L. P.

NIEDERLENDER, A.; LACAM, R., y ARNAL, J.: *Le Gisement néolithique de Roucadour (Thémines-Lot)*. III Supplément à *Gallia Préhistoire*, Centre National de la Recherche Scientifique. París, 1966, 206 págs. + XVI láms.

Es una satisfacción ver publicado un yacimiento que en tantas ocasiones habíamos citado por su interés al proporcionarnos fechas de C 14 en distintos estratos neolíticos. Hasta ahora sólo se conocía a través de breves noticias y referencias, pero faltaba conocer los materiales arqueológicos correspondientes a los distintos estratos, de una forma amplia y suficiente. Por ello hay que felicitar al Centre National de la Recherche Scientifique, que ha patrocinado su publicación. Ésta presenta dos partes bien definidas: La primera, es una concienzuda exposición inventario de los materiales correspondientes a cada estrato, tanto los de carácter arqueológico como ecológico, y la segunda, una síntesis resumen de las culturas del Neolítico francés — y más breve de las Edades del metal — en función de la secuencia cultural que presenta la dolina de Roucadour.

La estratigrafía de este yacimiento, a partir de las capas inferiores, es

como sigue: *Nivel C*, con cerámica generalmente fabricada con la técnica de «colombin» o superposición de finos cilindros de arcilla enroscados sucesivamente, lo que, junto a su cocción defectuosa, hace que se desgaje en fragmentos por las uniones. Hay unos pocos fragmentos decorados con técnica de impresión o incisión con una matriz triangular, que hace se compare esta cerámica a la de técnica cardial, a pesar de sus manifiestas diferencias. La industria de sílex es a base de finas hojas del tipo característico en el Neolítico mediterráneo, de sección trapezoidal o triangular, a partir de las cuales se obtienen raspadores y flechas de filo transversal de forma triangular o trapezoidal. No hay hachas de piedra pulimentada. Este estrato se considera correspondiente al Neolítico antiguo, por su situación estratigráfica y por la fecha de C 14 obtenida sobre una muestra de granos de trigo, que en el Laboratorio de Gif-sur-Yvette (Seine et Oise) dio  $3.980 \pm 307$  ó 296 años antes de J. C., ya que si exceptuamos la industria de sílex, el restante material es poco típico de este momento.

El *nivel B*, el más denso, ha sido dividido en dos partes:

El *B 1*, inferior, está caracterizado por cerámica de tipo Chassey antiguo, de formas de escudillas y platos semiesféricos lisos, vasos cilíndricos y esféricos de tipo «fiasco». Solamente dos fragmentos llevan la decoración incisa después de cocción, que Arnal considera característica del Chassey A. Las asas son de tipo de tetón o lengüeta, o en forma de botón u oreja con perforación única o múltiple, de muy diversos tipos. La industria lítica presenta tipos obtenidos en sílex beige a partir de finas hojas de tipo Chassey, que sirven para fabricar raspadores en extremo de hoja, muy abundantes, perforadores y puntas de flecha de filo transversal; otras piezas han sido obtenidas de sílex negro de procedencia occidental, en tipos más toscos y gruesos.

El *nivel B 2* es mucho más rico en cerámica, con escudillas y platos redondos, algunos platos con reborde, escudillas y tazas carenadas, vasos cilíndricos, esféricos y ovoidales. Asas en forma de botón o lengüeta, con o sin perforación. Perforación única o múltiple en asas tubulares, cordones y en dos casos asas del tipo de «flauta de Pan». Hay hachas de piedra pulimentada, de basalto gris y sección oval gruesa y hachuelas de sección más plana. La industria de sílex es semejante a la de *B 1*, con hojas de sílex no retocadas del tipo Chassey mediterráneo, y a partir de ellas se obtienen perforadores, raspadores (algunos son sobre lasca) y puntas de flecha de filo transversal, en general con retoque marginal abrupto. No hay en absoluto puntas con pedúnculo ni aletas.

En el *nivel B* se obtuvieron muestras de trigo, sobre las que el mismo Laboratorio de Gif-sur-Yvette (Seine et Oise) realizó análisis de C 14. La muestra correspondiente al *nivel B 1* dio la fecha de  $3229 \pm 248$  ó 281, y la del *nivel B 2*, la de  $2129 \pm 256$  ó 248 años antes de J. C. Posteriormente se obtuvo una muestra de madera carbonizada en el mismo *nivel B*, en su parte media, cuyo análisis por el profesor Schwabedissen, de la Universidad de Colonia, dio la fecha de  $3160 \pm 160$  años antes de Jesucristo. Los hallazgos de fauna, cuyo estudio se hace en el apéndice final de este trabajo, deciden a situar hacia el 3500 la presencia de animales domésticos en este estrato: buey pequeño, cerdo y quizás algún ovino.

Una capa estéril separa el *nivel B* del *nivel A*, caracterizado por la presencia de cerámica de tipo Horgen («pot de fleurs») y Michelsberg, según Arnal. Aparecen las puntas de flecha con aletas y pedúnculo, losángicas y ovales, con retoque bifacial. En la parte superior de este estrato, que Arnal titula *A 2* hay unos fragmentos dudosos de vaso campaniforme, un brazal de arquero y una punta de flecha de hueso con aletas y pedúnculo. La ce-

rámica ofrece fragmentos de vasos polípodos y de vasos decorados con relieves e incisiones toscas; también hay cerámica acanalada del tipo de campos de urnas, y decorada con estampillados, pintura y grafito, de tipo hallstático. Para este nivel no hay fechas de C 14.

Arnal, que es el que ha redactado esta memoria, establece tres etapas neolíticas para Roucadour. Hacia el 4000 antes de J. C. un *Neolítico antiguo*, que califica de «enigmático» y compara sobre todo por su cerámica, con la de tipo Ertebölle, de un yacimiento excavado en el Schleswig-Holstein por Schwabedissen, fechado en 3980 antes de J. C. Establece el sincronismo entre este nivel y los de cardial de Fontbrégoua y Arene Candide. El *Neolítico medio*, representado en Roucadour por el nivel *B*, estaría dividido en 1: Chassey *B* y *A*, y 2: Chassey *B*. Estos niveles se corresponderían en el esquema de Arnal, al Chassey *A* (Neolítico medio) y Chassey *B* (Neolítico reciente) de Fontbrégoua; y en la Arene Candide, al Neolítico medio con cerámica tipo Matera y al Neolítico Lagozza, respectivamente. Las fechas en que sitúa estas dos etapas del Neolítico medio son el 3200 y el 2300 antes de J. C. Compara, además, estos dos niveles con el Cortailod antiguo y reciente y con los niveles de Lough Gur.

Sin embargo, al plantearse Arnal el problema de esta división del Neolítico Chassey en el ámbito del Neolítico francés, concluye que en algunos yacimientos franceses no es posible aplicar esta división, ya que el Chassey *A* con cerámica decorada se prolonga casi hasta el eneolítico en algunos, y en otros apenas está representado, mientras que el Chassey *B* ocupa la mayor densidad del yacimiento.

El *Neolítico* reciente estaría representado en Roucadour, según Arnal, en el nivel *A 1*, con las cerámicas «horgenoides», que fecha hacia el 2000 y relaciona con el estrato calcolítico (¿Font-Buxien ?) de Fontbrégoua y el dudoso

eneolítico de la Arene Candide. Pero indica que esta etapa más reciente del Neolítico no se aprecia en el área mediterránea, donde el Calcolítico es precoz y no existe en la práctica el Neolítico superior. Lo mismo que en Bretaña no existe el «Neolítico primario» de Giot, que según Arnal sería un Neolítico medio dentro de su clasificación, ya que faltan elementos antiguos, como podrían ser la cerámica cardial o la de bandas.

Para terminar diremos que este yacimiento prueba una vez más las dificultades que hay de aplicar una estratigrafía concreta a una sistematización de áreas culturales alejadas geográficamente. Creemos que aunque en Roucadour haya un estrato neolítico antiguo, no se puede asimilar al de cerámica cardial, que aunque puede ser coetáneo presenta unos caracteres bien establecidos en un área muy amplia. Lo mismo podríamos decir en cuanto al establecimiento de períodos Chassey, que es imposible coordinar entre yacimientos del Mediterráneo y del Centro o el área atlántica. En cuanto al llamado Neolítico reciente, tipo Horgen, aunque no aparezca metal, nos parece corresponde de hecho a un momento eneolítico, como ya indica Arnal. — ANA M.<sup>a</sup> MUÑOZ.

*Chronologies in Old World Archaeology*. Edited by Robert W. EH-RICH. The University Chicago Press, 1965. 557 págs.

La gran complejidad de los problemas cronológicos que ofrece la prehistoria y la protohistoria exigen de vez en cuando planteamientos generales que clarifiquen las diversas correlaciones y posibiliten así una visión histórica de conjunto. En 1954 Robert W. Ehrich, al publicar *Relative Chronologies in Old World*, realizó una tarea de análisis y al propio tiempo de síntesis de gran envergadura; sin embargo, el

avance de la metodología arqueológica y el progreso de la aplicación del radiocarbono hicieron envejecer muy pronto algunos de los aspectos de aquel trabajo. Al propio tiempo la constante multiplicación de las excavaciones y la apertura de nuevos campos, en particular en el próximo Oriente, ofrecen nuevas masas de materiales y abren nuevas perspectivas cronológicas. Se hacía necesario un nuevo planteamiento, y el profesor Ehrich, bajo el patrocinio de la Universidad de Chicago y el apoyo económico de la Wenner Gren Foundation, preparó un importante symposium, que tuvo lugar en abril de 1964, y cuyo resultado más tangible es este magnífico volumen que constituye sin duda una de las obras más útiles publicadas en los últimos años. Aunque pretenda modestamente ser una puesta al día del volumen de 1954, constituye en realidad una obra nueva, cuyo manejo es totalmente obligado para todo especialista.

Catorce grandes especialistas han contribuido a convertir ese volumen en un instrumento de trabajo imprescindible, en el que cada uno de los temas tratados constituye una unidad completa con su bibliografía moderna y exhaustiva. Al mismo tiempo, la ocupación constante de establecer las interconexiones entre las diversas áreas — el propósito más definido del profesor Ehrich —, hace que cada uno de los autores, lejos de centrarse exclusivamente en su tema, se plantee constantemente el problema de las relaciones entre unos y otros, y todos se intercambiaron los textos antes de la mencionada reunión. En este sentido todo el volumen mantiene una constante unidad de propósito que lo realza.

El próximo Oriente constituye el área básica que abarca de Egipto hasta el valle del Indus. Por Anatolia y el Egeo se enlaza con Europa, y como complemento final el extremo Oriente con China.

Ante la imposibilidad de reseñar detalladamente cada uno de los traba-

jos, nos limitaremos a relacionarlos, con lo cual el lector se dará cuenta inmediatamente del altísimo interés que ofrecen todos ellos:

H. J. KANTOR, del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, desarrolla *The Relative Chronology of Egypt and Its Foreign Correlations*, en el que analiza la naturaleza y significado de los contactos de los diversos hechos culturales en las etapas predinástica y protodinástica. Se hace también referencia a los problemas cronológicos y de correlación hasta la XII dinastía. Se establecen en interesantes cuadros la correlación de fases entre alto Egipto (Tasiense, Badariense, Amratiense y Gerzeense) y bajo Egipto (Fayum A, Merimde, Maadi), destacándose los elementos exóticos que permiten formular las relaciones.

W. F. ALBRIGHT vuelve sobre problemas de Palestina en *Some Remarks on the Archaeological Chronology of Palestine before about 1.500 B. C.*, en la que se adopta la siguiente tabla:

Bronce primitivo I,	3.000-2.850.
Bronce primitivo II,	2.900-2.600.
Bronce primitivo IIIA,	2.650-2.500.
Bronce primitivo IIIB,	2.550-2.350.
Bronce primitivo IIIC,	2.400-2.250.
Bronce primitivo IV,	2.300-2.100.
Bronce medio I, de antes del 2.000	al 1.800.
Bronce medio IIA,	1.800-1.700.
Bronce medio IIB,	1.700-1.575.
Bronce medio IIC,	1.575-1.500.

P. JO. WATSON trata *Tre Chronology of North Syria and North Mesopotamia 10.000-2.000 B. C.*, con gran amplitud, y en un apéndice se relacionan las principales fechas de C 14 obtenidas y corregidas, según la vida media del carbono radiactivo. El resto de Mesopotamia es objeto de dos trabajos: E. PARADA, *The Relative Chronology of Mesopotamia. Part I, Seals and Trade 6.000-1.600 B. C.*, y DONALD P. HANSEN, *The Pottery Sequence at Nippur from the Middle Uruk to the End of the Old Babylonian Period, 3.400-1.600 B. C.*

M. J. MELLINK, con amplios cuadros sinópticos, resume la prehistoria anatólica en *Anatolian Chronology*.

La cronología de las culturas iraníes es objeto de análisis por R. H. DYSON Jr., de la Universidad de Pennsylvania, *Relative Chronology of Iran, 6.000-2.000 B. C.*

Los territorios más orientales, por G. F. DALES, *A Suggested Chronology for Afganistan, Baluchistan and the Indus Valley*.

Los territorios del Egeo son tratados por S. S. WEINBERG en un trabajo excelente y sumamente útil, *The Relative Chronology of the Aegean in the Stone and Early Bronze Ages*.

Al resto de Europa se dedican importantes trabajos: D. F. BROWN, *The Chronology of the North Western Mediterranean*; H. L. THOMAS, *The Archaeological Chronology of Northwestern Europe y Northern Europe*; R. W. EHRLICH, *Geographical and Chronological Patterns in East Central Europe*; M. GIMBUTAS, *The Relative Chronology of Neolithic and Chalcolithic Cultures in Eastern Europe North of the Balkan Peninsula and the Black Sea*.

Finalmente, se dedica un trabajo al Extremo Oriente: KWANG-CHIH CHANG, *Relative Chronologies of China to the End of Chou*.

Todos los trabajos citados son de la máxima calidad, de exposición clara, pero de una densidad sólo asequible a los investigadores especializados que se hallen impuestos en las líneas generales del desarrollo cultural prehistórico de las distintas áreas estudiadas. La riquísima bibliografía, muchas veces inasequible para nosotros, da una buena idea de la seriedad e interés del esfuerzo realizado por el profesor Ehrlich, que estimamos en lo que vale y aplaudimos sin regateos. — J. M. DE M.

GIMBUTAS, Marija: *Bronze Age Cultures in Central and Eastern Europe*. Mouton and Co, La Haya,

1965, 681 págs., 462 figs. y mapas y 115 fotografías en láminas aparte.

De verdaderamente extraordinaria podemos calificar esta asombrosa síntesis que Marija Gimbutas nos ofrece de una de las etapas más complejas —la Edad del Bronce—, de unos territorios extensísimos cuales son los de la Europa central y oriental, en el más amplio sentido de la palabra, de los Urales a los Alpes, y del Báltico al Egeo, tierras que constituyen un mundo tan variado y diverso en la antigüedad, como en nuestros días. Plantear la clarificación de cualquier etapa presupone una tarea de síntesis gigantesca que sólo puede intentarse para esos territorios por quien dotado de una sólida formación de prehistoriador tenga la base lingüística suficiente para asimilar la densísima bibliografía producida en los países orientales durante los últimos años, en su mayor parte totalmente inasequible para nosotros. Tan sólo por ese aspecto podría decirse que este libro representa la aportación más importante al conocimiento de la prehistoria europea realizado en muchos años. Pero es más, mucho más, puesto que Marija Gimbutas consigue presentar una visión armónica, perfecta y ordenada del proceso de desarrollo de los diversos núcleos de población y de sus respectivas culturas durante la larga etapa que abarca desde el 2000 hasta el siglo VIII a. C.

Todo ese desarrollo aparece enmarcado entre dos fenómenos de extraordinaria importancia: la expansión de los grupos de la cultura Kurgan, que en el último tercio del tercer milenio pone fin a la larga y trascendental etapa de colonización y desarrollo agrícola de la población neolítica de Europa oriental, y los movimientos de los pueblos de las estepas, que al final de la Edad del Bronce inaugurarán la nueva etapa de la Edad del Hierro.

El libro es de una riqueza de con-

tenido que no permite ni una crítica ni un breve resumen. Algunos aspectos por sí solos requerirían un curso entero de seminario; por ello sólo intentaremos ofrecer para los lectores de *Pyrenae*, un esbozo de su contenido, para subrayar el extraordinario interés de este libro, que no puede faltar en ninguna biblioteca arqueológica.

La autora ha dividido el libro en dos partes. En la primera se hace hincapié en particular en el aspecto cronológico, con atención minuciosa a todos aquellos aspectos u elementos que marcan relación entre los diversos grupos, bien se trate de relaciones comerciales o de simple influencia o de tipología de la cultura material, de técnica, de género de vida o de cultura espiritual. Hay que tener presente, para calibrar la extraordinaria labor realizada, que esta síntesis no ha podido aprovecharse de la aplicación de los métodos del carbono radiactivo más que en parte mínima, puesto que no se conocen todavía análisis de la gran mayoría de culturas o áreas estudiadas.

Para el desarrollo del estudio se adopta la división tripartita clásica de Bronce inicial, medio y tardío, con sus posibilidades de subdividirse a su vez en períodos, horizontes o fases. El sistema, a pesar de sus bien conocidos inconvenientes, ofrece por el momento la única posibilidad de encasillar la enorme pluralidad de aspectos que ofrece un marco geográfico como el estudiado durante más de un milenio.

En dicho territorio se señalan tres áreas importantes de metalurgia que desarrollan industrias propias en el umbral del segundo milenio: el Cáucaso, el sur del Ural y la zona montañosa centroeuropea de los Cárpatos. Los tres centros quedan perfectamente individualizados por la diferencia tipológica de sus productos. Las culturas que se desarrollan sobre esos tres territorios irradian su influencia sobre las culturas y pueblos vecinos. Así, el núcleo metalúrgico del Cáucaso influye

hacia la Ucrania oriental. El de los Urales, hacia la región del Volga, y el centroeuropeo, hacia el norte de Europa y el área báltica.

La gran transformación de género de vida de la población neolítica sólo puede explicarse por la intrusión de un pueblo que posea una estructura social superior, una tecnología metalúrgica y un transporte eficiente como el caballo. La metalurgia ha sido aprendida en el área del Cáucaso y adoptada por un pueblo que desarrolla la llamada cultura de los kurganes o cultura Kurgan. Para la autora, ésta se formaría en el área del Mar Negro durante la segunda mitad del tercer milenio en las zonas de bosques, que más tarde se transformarán en región de estepas con la fase climática suboreal. Quizá por esas mismas razones climáticas la cultura Kurgan aparece ya en la segunda mitad del tercer milenio (2300-2200 a. C.) en plena expansión al este de los Balcanes, área Egea, oeste de Anatolia, Centro de Europa y Rusia central, y ofrece un contraste extraordinario con las culturas neolíticas del tipo Gumelnita-Tripolye-Cucuteni, que serán arrolladas y desaparecen por todas partes, aunque en algunos lugares persistan verdaderas «islas» locales durante parte del Bronce inicial.

La gran expansión de la cultura Kurgan, que la autora considera ya de tipo protoindoeuropeo, origina muy pronto la separación en grupos locales cuyas diferencias se acentúan al contacto de los diversos núcleos que van asimilándose. Después de un período formativo que abarca los primeros siglos del segundo milenio, aparece un mundo nuevo, constituido por grupos fuertes y poderosos en posesión de la técnica metalúrgica.

Uno de estos grupos activos en el centro de Europa, al oeste de los Cárpatos y más tarde en Bohemia y centro de Alemania, es el que desarrolla la cultura de Unetice, que a mediados del segundo milenio se expande hacia el Danubio y la llanura húngara.

En el período siguiente se llamará *cultura de los Túmulos* y ocupará las tierras agrícolas más fértiles de Europa y las zonas mineras más ricas. Poco después del siglo XIII, este pueblo de Europa central se expansiona hacia el sur, hacia Italia, Grecia, Anatolia, y por haber adoptado la cremación se llamará *el pueblo de las Urnas*, dando lugar a la destrucción del mundo micénico e Hitita.

Otra área activa es la región de la estepa del bajo Volga, en la que muy pronto en el segundo milenio puede reconocerse la *cultura de los sepulcros con cámaras de madera*. Esta cultura se mueve en dirección al mar de Azov y al Donetz, y por el norte hacia el centro de Rusia, para ocupar, hacia fines del segundo milenio, las cuencas bajas del Dnieper y Dniester en una continuada presión pre escita que no acaba hasta fines del siglo VIII, en que entrará en contacto con el mundo griego arcaico en su expansión colonial hacia el Mar Negro.

Toda la Edad del Bronce aparece dividida en Bronce antiguo (1800 a 1450 a. C.), Bronce medio (1450-1250) y Bronce tardío (1250 a 750 a. C.). En cada uno de estos períodos se estudian los distintos pueblos y culturas, sus relaciones y sus posibles fases culturales. En definitiva, tres tipos de influencia son responsables del desarrollo de la Edad del Bronce: *a)* el Cáucaso, a través de la estepa y de la expansión de la cultura Kurgan; *b)* la influencia comercial del próximo Oriente realizada por la vía Egeo-Balcanes, y *c)* las influencias occidentales, posiblemente ejercidas a través de la expansión de la cultura del Vaso campaniforme.

El Bronce medio constituye la etapa de amplias relaciones entre el centro de Europa y el área micénica durante el desarrollo del período Heládico IIIA. Aparece una amplia distribución de nuevos tipos de bronce en conexión con la influencia de la cultura de los Túmulos (es el período de la gran riqueza en depósitos de bronce para el

que la autora acepta el nombre de cultura Koszider, sugerido por Mozsolics).

El Bronce tardío (1.250-750) es el período de la cultura de las Urnas, que Gimbutas subdivide en cinco fases, prescindiendo del uso del nombre de Hallstatt, que se reserva para culturas estrictamente de la Edad del Hierro con amplio uso de ese metal. La población de las Urnas es la descendiente de los Túmulos del Bronce medio, que desde Francia oriental a Transilvania adopta el ritual de la incineración.

A fines del siglo VIII los escitas, descendientes de los pueblos que desarrollaron la cultura de los sepulcros con cámaras de madera, inician su gran expansión conquistadora. En el siglo IX habían pasado el Cáucaso y aparecieron en los límites de Urartu y de Asiria. En el siglo siguiente, hacia el oeste, provocan la orientalización de los Balcanes y del Centro de Europa. Los cimérios, desplazados por los escitas, penetran en el este de Centroeuropa y los Balcanes, y de su mezcla con los tracios nace la cultura tracocimeria, con nuevos elementos artísticos por influencia del Kuban, que transmitirán a las culturas hallstáticas.

La segunda parte del libro está dedicada al análisis de los distintos grupos culturales a través de toda la Edad del Bronce. El estudio se hace por áreas, que se analizan con la correspondiente bibliografía relacionada al final de cada capítulo.

El estímulo inicial es la cultura Kurgan con el uso del ocre en sus inhumaciones, sus hachas-azadas, sus mazas lobuladas y el uso de cobre. El comienzo de la expansión Kurgan coincide con el final de la fase de Mariupol, al norte del mar Negro, y la primera aparición del cobre, en el bajo Dniester. Hacia el oeste se aprecia con la presencia de tumbas con cámaras rectangulares y esqueletos encogidos (Moldavia y Dobrudja), fechándose en Rumania por C 14 hacia el  $2140 \pm 160$  una tumba (Haman-gia). Al parecer, coincide esta expan-

sión en Grecia con la destrucción de Lerna en el Heládico Primitivo II, 2300-2200 a. C. Al período siguiente de la cultura Kurgan corresponde la cerámica con impresión de cuerdas. Antropológicamente, la cultura Kurgan ofrece un pueblo de dolicocefalos (tipo proto-europeo grácil con elementos mediterráneo-orientales, tipo que más tarde se llama también de Andronovo). Por el contrario, algunos grupos centroeuropeos como el de la cultura Pecina eran braquicefalos, aunque más tarde, por la extensión que va adquiriendo la cremación, es difícil establecer el tipo antropológico. Terminado el impacto Kurgan pueden establecerse los distintos grupos y áreas:

Centroeuropa: En el bajo Theiss y bajo Mures la cultura Pecica constituye en el sudeste de Hungría y sudoeste de Rumania una verdadera isla cultural con gran continuidad, demostrada por los dieciséis horizontes de habitación en el yacimiento epónimo. Su desarrollo llega a mediados del milenio (siglo xv), en que es sumergida por la cultura otomani de origen kurgan. Tiene dos fases: *a*), 2000-1800, y *b*), 1800-1500. Las fases Nagyrev y Hatvan se desarrollan, respectivamente, en Hungría oriental y norte de Hungría, y reciben influencias de las culturas kurgan.

En Transilvania toda la cultura de la Edad del Bronce, de origen kurgan, es la Otomani, que sucede a la cultura anterior de Cotofeni y se desarrolla a través de tres grandes períodos: *a*) primitivo, 2000-1550; *b*) clásico, 1550-1400, y *c*) pervivencia. En Rumania oriental se desarrolla con entera independencia, aunque también de origen kurgan, la cultura de Monteoru, que asimismo cubre toda la Edad del Bronce, con tres períodos: *a*) de formación, 2000-1700; *b*) clásico, 1700-1300, y *c*) de pervivencia 1300-750.

En el área de Europa central propiamente dicha, las tres culturas clásicas, como ya hemos indicado, se enfocan como una unidad básica, en cada

una de las cuales se advierten diversas fases. La de Unetice tiene tres: *a*) 1800-1650; *b*) 1650-1550, y *c*) 1550-1450. Transformada en cultura de los Túmulos, tiene dos fases: *a*) de expansión o período Koszider, 1450-1350, y *b*) 1350-1250. Con la adopción de la cremación y el nombre de cultura de las Urnas tiene cinco fases: 1250-750 a. C. Urnas I = Fase Bronce D; II = Hallstatt A<sub>1</sub>; III = Hallstatt A<sub>2</sub>; IV = Hallstatt B<sub>1</sub>; V = Hallstatt B<sub>2</sub>.

Al norte de los Cárpatos, entre el área báltica y Europa central, se forma otro grupo, también de origen kurgan, cuyas fases más importantes son la cultura de Bilopotok en el Bronce inicial (1800-1400) y la de Komarov (1450-1250) en el Bronce medio, desarrollándose luego de modo paralelo a la cultura de las Urnas más al sur.

En el área centro báltica se pueden observar los siguientes períodos: *a*) Formativo, 2000-1600, o de la cerámica de cuerdas, anterior a una verdadera Edad del Bronce, aunque tiene algunos paralelos con Unetice; *b*) Bronce inicial, 1700/1600-1450; *c*) Bronce medio, o período de Trzciniec, de 1450 a 1250; *d*) Bronce báltico clásico, 1250-1100, y *e*) Bronce final, de 1100 al siglo VIII.

Al nordeste del área báltica y noroeste de Rusia se establecen los períodos siguientes: *a*) Grupo de la cerámica con impresión de tejido; *b*) grupo de Asbesto; *c*) de Kiukais, y *d*) de la cultura de los Túmulos de piedras.

En el área nordpónica o Cimeria, la secuencia cultural que se adopta es: 1.º, el período clásico de la cultura de las Catacumbas, 2000 a 1800/1700, y 2.º, la cultura post Catacumbas, en la que se señalan las fases: *a*) Usatovo (1800-1650/1600 a. C.); *b*) c. de Kut (1650?-1550/1500); *c*) Cultura Borodino-Faskau (1550/1500-1450/1400); *d*) Cultura de Kostroniskaja (1450/1400-1250/1200); *e*) Cultura de Berislaw (1250/1200-1100), y *f*) Fase de Borgustankaja (1100-800).

El área del bajo Volga se considera como la zona de formación de los pue-

blos protoescitas, desarrollándose allí la cultura de los sepulcros con cámaras de madera con un largo desarrollo que abarca cuatro períodos. El primero, o de formación de la cultura, abarca del 2000 al 1800. El 2.º, es el período clásico de este tipo de sepulcros con dos fases, 1800-1450 y 1450-1100. Adquieren personalidad individualizada las fases de Pokrovsk (1450-1300) y la de Jagodnoe (1300-1100). El tercer período es el de la cultura tardía de los sepulcros con cámara de madera, 1100-800, que en el último período comienza su expansión hacia el oeste.

La Edad del Bronce en Rusia central comienza con la cultura de Fatjanovo en el alto Volga y la de Balanovo en el Volga medio durante el Bronce inicial 1800-1450. En el Bronce medio se desarrolla la fase tardía de la cultura de Balanovo y el complejo Abashevo.

En la Rusia oriental y noroeste de Siberia se desarrolla la cultura Turbino, que se analiza con gran amplitud. Se distingue en ella un primer período o cultura de Turbino antigua (2000-1500), con las fases de Levshino (2000-1800) y Volosoro (1800-1500). El período clásico de la cultura Turbino, con la fase Sejma (1500-1300/1250) y la c. Turbino final (1100-900/800).

Cada una de estas fases se describe minuciosamente, haciéndose resaltar en cada caso los rasgos más sobresalientes, y al final de cada capítulo se colaciona la correspondiente bibliografía. Como habrá podido observarse por el escueto esquema que hemos presentado, la obra es de una ambición extraordinaria, y su interés rebasa incluso el campo propiamente prehistórico, si se tiene en cuenta que las zonas estudiadas fueron la probable cuna de las grandes familias étnicas y lingüísticas que han sido las protagonistas de la historia europea (indoeuropeos, eslavos, finougrios, etc.).

El libro, escrito cuando aún no se dispone de datos de C 14 para la mayor parte de las áreas y de las culturas, tiene como mérito singular haber con-

seguido presentar una visión de conjunto que, pese a la obligada densidad, aparece suficientemente clara.

No se nos oculta que en una obra de estas características podrían hacerse algunas objeciones de detalle y se ofrecen ciertas dudas. El propio esquema de periodización adoptado peca sin duda de excesiva rigidez y se nos antoja un buen tanto teórico. La evolución Unetice-Túmulos-Urnas, por ejemplo, es mucho más compleja de lo que aquí aparece, y las influencias de los grupos más occidentales son en muchos casos más decisivas que las propias de los grupos estudiados. La evolución del ritual funerario, por ejemplo, puede responder a factores de mezclas que lleguen a desnaturalizar un grupo. La misma idea inicial, la expansión de la cultura Kurgan, que constituye el eje del pensamiento de la autora, no deja de ofrecer numerosas dificultades con la multiplicidad y diversificación de los grupos. En realidad su concatenación había sido defendida por la escuela clásica alemana, aunque con una dirección totalmente inversa, del área nórdica hacia el área caucásica, en la supuesta expansión indoeuropea hacia el sudeste y próximo Oriente. La visión de la autora, mucho más lógica, recibe hoy unas bases importantes de apoyo en el próximo Oriente, cuya cronología es cada día más firme y segura. Por otra parte, el conocimiento más preciso de las culturas del área egeo-anatólica habrá de confirmar algunos aspectos de la relación con Centroeuropa que hoy se ofrecen aún demasiado escasos o poco seguros.

Sin embargo, estas consideraciones no representan la menor crítica al magnífico trabajo de Marija Gimbutas, verdaderamente ejemplar en método y exposición que constituye, hemos de repetirlo, la aportación más importante realizada en los últimos años al conocimiento de la prehistoria europea. El libro, de impecable presentación, enriquecido por una ilustración

utilísima para cada uno de los grupos o culturas, constituye un elemento de trabajo indispensable a todos los investigadores de la arqueología europea, por lo que felicitamos vivamente a su autora. — J. MALUQUER DE MOTES.

CATLING, H. W.: *Cypriot Bronzework in the Mycenaean World*. Oxford, Monographs on classical Archaeology. Oxford, Clarendon Press, 1964. 336 págs., 23 figs. y 54 láms.

La prehistoria de Chipre tiene gran interés para comprender el desarrollo general de la prehistoria mediterránea. Por ello, un libro completo como el presente constituye una obra de consulta de gran utilidad que conservará siempre gran parte de su valor.

El autor se propone estudiar exhaustivamente la metalurgia chipriota del Bronce tardío mediante el análisis de todos los hallazgos de objetos de metal procedentes de los yacimientos de la isla. Sin embargo, para centrar su estudio se ve obligado a un análisis de la metalurgia chipriota en el Bronce inicial y medio, y aun a un esbozo general del desarrollo de todo el proceso prehistórico en la isla que no carece de interés.

En Chipre no se conocen industrias paleolíticas ni mesolíticas. La primera ocupación humana es ya de grupos neolíticos que al parecer desarrollan unas industrias precerámicas (Khirokitia). Ese estadio precede a dos fases neolíticas con cerámica, la más antigua la del tipo Sotira. La población es escasa, pero aumenta durante una fase neolítica avanzada (Erimi) que se señala en un centenar de yacimientos.

La etapa del Bronce inicial parece que representa una ruptura con lo anterior, y a diferencia de las fases neolíticas que pueden tener tres orígenes distintos, ahora parece que nos hallamos ante un origen único. A juzgar por la cerámica (fase de Philia) qui-

zás es de influencia anatólica, aunque poco clara. De los datos arqueológicos no parece desprenderse la existencia de contactos exteriores durante esta primera fase. No aparecen objetos claramente importados. Salvo en la costa noroeste, los yacimientos predominan hacia el interior y la población desarrollaría una economía agrícola, mientras la actividad minera es simplemente subsidiaria.

El Bronce medio se desarrolla sin cambiar, y es difícil establecer una división entre ambas fases. Se adopta como criterio el utilizado por Akersstrom, es decir, la aparición de la cerámica del tipo *White Painted II*. Sin embargo, parece poderse señalar un lento desplazamiento de la población hacia zonas más meridionales. Es poco aparente la conexión de los habitats con las zonas mineras. La presencia de armas en las tumbas y la situación fortificada de algunos yacimientos sugiere una etapa de inseguridad más de origen interior que de peligro externo a la isla. Ahora, sin embargo, parecen incrementarse los contactos con la costa siro-palestiniense.

El Bronce reciente representa un momento de expansión. Existen más yacimientos y cubren áreas más amplias. Los contactos con el exterior se amplían enormemente y el período terminará en una catástrofe y una despoblación comparable a la observada al final del neolítico.

La valoración de los contactos exteriores, principalmente con el mundo Egeo y Micénico, es un problema delicado. El autor no admite una colonización micénica antes del siglo XII, y explica la abundancia de cerámica exótica como producto del comercio más que de verdadera ocupación. Traza el siguiente esquema: Durante la etapa cerámica Mic. I-III a, contactos esporádicos con escasas importaciones (1550-1400); del Mic. III A2 hasta el final del IIIB, enorme masa de cerámicas importadas que originan la aparición de numerosas manufacturas lo-

cales de imitación, y hacia el final del período decaen las importaciones (1400-1200); del III C<sub>1</sub>-III C<sub>2</sub> parece que tiene lugar una verdadera invasión aquea; por primera vez aparecen otros objetos importados aparte de la cerámica.

El autor razona con amplia argumentación su punto de vista de la no colonización aquea hasta un momento avanzado en contraste con lo que aparece en la isla de Rhodas. No hay arquitectura de tipo aqueo, ni tumbas, ni armas micénicas antes de fines del siglo XIII, así como tampoco vasos de bronce.

En cuanto a la metalurgia — que constituye el propósito principal del autor —, pasa revista a los hallazgos del Bronce inicial y medio para deducir que son comunidades que viven una tradición minera propia con un número muy reducido de tipos hasta un momento ya avanzado del bronce reciente. Entonces se produce un profundo cambio en tipos y técnicas que se interpreta como la llegada de la población egea. En particular la influencia continental griega se manifestará en los nuevos tipos de instrumental y armamento.

De esta última etapa se dan los inventarios detallados de los hallazgos con su correspondiente bibliografía y discusión de influencias y orígenes. Los bronces se analizan por su utilización y tipologías. Útiles agrícolas (palas, arados, etc.), piezas de uso doméstico, armas, etc., y se dedica la necesaria atención a las técnicas de fabricación y moldes.

Es de gran interés la atención que presta a los famosos lingotes de cobre y a su expansión, forma, variedades, técnica de fabricación, etc. No representan determinadas unidades de un sistema de pesas o valores, sino que son simples lingotes cuya utilización dura varios siglos con variaciones en los tipos. Es interesante comprobar que su forma no se copiará en la nueva metalurgia del hierro.

Tras un capítulo dedicado a los depósitos de bronce, se cierra el libro con unas breves conclusiones que resumen los puntos de vista del autor desarrollados *in extenso* a lo largo de la documentación aportada.

El libro es fundamental, por su extraordinaria riqueza de documentación, y sus conclusiones no podrán ignorarse al estudiar los acontecimientos político-económicos del Mediterráneo oriental en los últimos siglos del segundo milenio. Una ilustración abundantísima y la correcta presentación, tradicional en estas monografías, lo convierte en una obra verdaderamente clásica. — J. MALUQUER DE MOTES.

CHARLES, Robert-P.: *Anthropologie archéologique de la Crète*. École française d'Athènes. Études Crétoises, XIV. VIII + 214 págs., 18 láms. Paul Geuthner, Paris, 1965.

Esta extensa memoria consagrada a la antropología prehistórica y protohistórica de la Isla de Creta complementa los diversos estudios realizados anteriormente por el autor acerca de la estructura antropológica de las poblaciones antiguas de Grecia y de Chipre, constituyendo un intento de análisis de las variaciones tipológicas sufridas por la población cretense a lo largo del tiempo. Trata asimismo de precisar sus relaciones con las de Grecia continental y del Próximo Oriente, y de averiguar los caminos seguidos por los principales movimientos de pueblos antiguos en el Mediterráneo oriental.

En la primera parte se resumen las observaciones antropológicas sobre materiales cretenses llevadas a cabo desde comienzos de siglo por diferentes autores. A continuación pasa revista a los principales sistemas cronológicos propuestos para Creta, basados en paralelismos arqueológicos con Grecia continental, Egipto y el Próximo Oriente,

resumiendo en un cuadro la cronología relativa de las mentadas áreas. Concluye esta parte con un cuadro de cronología absoluta para los diferentes períodos, basado en las fechas propuestas por Gardiner para Egipto, y comparándolas luego con las que propone el autor basándose en observaciones personales.

El material antropológico estudiado asciende a 257 cráneos y diversos huesos largos procedentes de una treintena de yacimientos, a los que se distribuye en distintos grupos, según los diversos períodos establecidos. Buena parte del material es inédito, complementándose el estudio del mismo con el examen de los restos ya estudiados con anterioridad por diferentes autores, aportando datos métricos, descripciones individuales y documentación gráfica de un elevado número de ejemplares. Para el análisis de los diferentes grupos sigue el sistema de Falkenburger, basado en las combinaciones de índices, para lo que utiliza tanto los índices clásicos como otros introducidos por el propio autor, clasificando a los ejemplares según un sistema tipológico original.

La descripción de tan abundantes materiales constituye el contenido de la segunda parte, que es la más extensa, agrupando los diferentes ejemplares en series correspondientes a los diferentes períodos establecidos: Neolítico final a subeneolítico. Minoico antiguo I, II, III, Minoico medio, Minoico reciente I y III, Subminoico y protogeométrico, Geométrico, Helenístico y Hierro.

En la tercera parte trata de poner en relación los cambios observados en la población insular a lo largo del tiempo con diversos movimientos de pueblos de los que hay noticia histórica, estableciendo comparaciones y paralelismos con Grecia continental, Chipre, Anatolia, pueblos egeos y el resto de la cuenca mediterránea.

Remata la obra que comentamos un capítulo de resumen y conclusio-

nes, seguido de un apéndice dedicado a la descripción de una importante serie craneológica de los siglos XVIII a XIX estudiada anteriormente por el antropólogo alemán von Luschan, junto con otros ejemplares inéditos, y a considerar la duración de la vida en la población de la isla durante el período minoico.

Aun estando en desacuerdo con el autor en lo tocante a la clasificación seguida y a la falta de valoración estadística de los resultados de las comparaciones llevadas a cabo, es obvio que tanto el volumen del material recopilado como el gran acopio de referencias bibliográficas y datos históricos hacen de este trabajo obra obligada de consulta para todos aquellos que en el futuro se interesen por la evolución histórica de la población cretense.

La excelente presentación tipográfica está adecuadamente complementada con abundancia de grabados, entre los que figuran un mapa de distribución de yacimientos, ocho de movimientos de pueblos y veintiún diagramas sagitales de otros tantos ejemplares. Dieciocho láminas fuera de texto ilustran, fotográficamente, una selección del material estudiado. — M. FUSTE.

ALMAGRO GORBEA, M.<sup>a</sup> Josefa: *Las tres tumbas megalíticas de Almizaraque*. Trabajos de Prehistoria del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, de la Universidad de Madrid, XVIII. Madrid, 1965, 88 págs. + V láms.

Este trabajo viene a iniciar un estudio monográfico sobre el poblado de Almizaraque y su área de necrópolis, basado en las excavaciones de Siret y Flores, a través de diarios y croquis con notas conservados en el Museo Arqueológico Nacional, y en los materiales prácticamente inéditos. Este hecho ya de por sí tiene un gran in-

terés, al poner a disposición del especialista materiales hasta ahora casi inaccesibles.

El área de la necrópolis presentaba dos tipos de enterramientos, sepulturas de fosa individuales y las tres tumbas de tipo «tholos», cuyo estudio da a conocer este trabajo. Éstas han sido objeto de nueva localización, y en una de ellas se ha podido excavar y reconstruir la planta, ya que las otras dos fueron totalmente destruidas. La sepultura Encantada I, que es la única conservada y conocida con detalle, es de tipo tholos con vestíbulo y dromos de triple puerta perforada y cámara circular cubierta con falsa bóveda, construida con lascas de pizarra. El material lo componen varias piezas de bronce, aunque no se indica si se ha hecho análisis, como leznas, una punta de flecha, una navaja de afeitar, dos botones de hueso con perforación en V (uno de tipo cónico y otro triangular), puntas de flecha con aletas y pedúnculo, y una de ellas excepcional con la base hendida en forma angular, que la autora compara con los tipos semejantes en metal que aparecen en tumbas del micénico reciente. La cerámica presenta tipos lisos en forma de cuencos de casquete esférico, y un vaso decorado con incisiones representando el motivo de ojos y triángulos típicos de los ídolos de este período.

La sepultura Encantada II parece corresponder también a un tipo de sepultura tholos, aunque su mala conservación y los croquis conservados no dan una idea del todo completa de su estructura. Su ajuar estaba compuesto de algunas piezas muy fragmentadas de bronce, dieciocho cuentas de collar de esteatita, un brazal de arquero de caliza, una espátula de hueso, varios cuchillos de sílex sin retoques y cerámica lisa con formas de casquete esférico, y en un caso un vaso periforme.

La sepultura Encantada III es aún más dudosa, pues apenas se puede deducir una cámara más o menos ova-

lada, con dos nichos y un corto corredor, y además estaba en parte excavada en el suelo y poco se conservaba de su alzado, sin poderse determinar si había restos de muros. Sin embargo, su ajuar era sumamente rico: un fragmento de brazaletes y una lezna de cobre, veintisiete cuentas de esteatita cilíndricas, cuatro de dentallium, veintinueve conchas cauri perforadas, veintidós cuentas de caliza cilíndricas y 78 en forma de oliva, en su mayor parte de esteatita y algunas de calaita. Entre las puntas de sílex las hay con pedúnculo y aletas apenas iniciadas, tres de ellas con retoque marginal y tres con retoque total; hay cuatro puntas de filo transversal y algunos cuchillos lisos y hachas de piedras duras pulimentadas, de sección gruesa casi circular; un anillo de piedra caliza blanca; cerámica lisa en formas de vasos cilíndricos, una cubeta de fondo casi plano y un vaso con la decoración incisa de un ídolo oculado muy estilizado.

Tras establecer un paralelismo entre la estructura de este tipo de enterramientos y los tholoi de la región del Egeo y Peloponeso correspondientes al minoico último, la autora busca las raíces del tema decorativo de los ídolos oculados en la cerámica, en los de Troya y Malta, y de los triángulos rellenados de puntos en motivos semejantes de Troya II, las Cícladas y Creta. En cuanto a la situación de estas sepulturas dentro de la cronología peninsular, cree que la falta de puntas de flecha de base cóncava es un síntoma de la relativa modernidad del grupo de Almizaraque. Establece un claro paralelismo entre Almizaraque y Los Millares, pero indica que las sepulturas de Almizaraque corresponden al pleno apogeo de la cultura de Los Millares o fase B de Almagro. Sin embargo, como hemos visto al describir los materiales de estas sepulturas, en ninguna de ellas parece haber rastro de vaso campaniforme, elemento considerado como característico de esta fase B

de Los Millares y del estrato superior de Vilanova de San Pedro. Tampoco los ídolos oculados están representados en su forma característica, sino en los temas decorativos de la cerámica, lo que podría indicar una fecha algo más antigua para estas sepulturas. — ANA MARÍA MUÑOZ.

LOSADA GÓMEZ, Helena: *La necrópolis de la Edad de Hierro de Bueñache de Alarcón (Cuenca)*. Trabajos de Prehistoria del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, de la Universidad de Madrid, XX. Madrid, 1966, 71 págs. + X láms.

Esta nueva necrópolis viene a completar el conocimiento de este tipo de yacimientos en la provincia de Cuenca, en particular los hallazgos de las necrópolis de Cañizares y de Carrascosa del Campo. En la de Bueñache se han podido individualizar diecisiete sepulturas de incineración en urnas colocadas en dos niveles superpuestos, sin que al parecer sea éste un indicio de dos etapas cronológicas distintas. Sin embargo, las dos únicas urnas de tipo globular con tapadera y asas en forma de oreja aparecieron en cada extremo de la fila de urnas superior. En conjunto los ajuares de estas sepulturas presentan una relativa homogeneidad.

La cerámica, toda a torno, ofrece, por una parte, el clásico tipo de urna con fondo plano y cuello estrangulado, y, por otra, las urnas esféricas con tapadera encajada a bisel y asas en forma de oreja o tetón que coinciden en los bordes de la boca y tapadera. Entre las fibulas de bronce abunda el tipo hispánico con resorte de charnela con bisagra, aunque también se da el tipo La Tène, que aparece en las Cogotas. Hay que destacar el hallazgo, en una de las sepulturas, de una taza de cerámica gris que imita un tipo de

cerámica campaniense fechable en el siglo IV. Esta pieza es sin duda la que sirve para establecer una cronología de la necrópolis que la autora sitúa en el siglo IV. Nos parece interesante señalar cómo estos materiales de Cuenca tienen unas características propias dentro del área celtibérica, diferentes de las que presentan los poblados y necrópolis del valle del Ebro y la Meseta, y relacionados más bien, sin duda a través de la vía del Júcar, con los del Sudeste —urnas de fondo plano y perfil con cuello muy marcado— y Levante —urnas esféricas con tapadera a bisel del tipo frecuentísimo, sobre todo en el área de Castellón y Bajo Ebro. — ANA M.<sup>a</sup> MUÑOZ.

MARTÍNEZ HUALDE, A.; VICENTE CASTELLS, J.: *El poblament ibèric de Puig Castellar. Excavacions dels anys 1954-1958*. Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1966. 66 págs., 8 figs., VIII láms., 1 plano.

En homenaje a la memoria de don Fernando de Sagarra, que de modo tan generoso contribuyó e hizo posible la excavación del poblado ibérico de Puig Castellar (Barcelona), se han publicado ahora las memorias de los trabajos realizados en el periodo 1954-1958.

El lapso de tiempo transcurrido desde aquellas fechas pudiera parecer para muchos excesivo, pero para quienes conocemos de cerca las muchas dificultades y vicisitudes surgidas, esta monografía es una prueba más de lo que puede el entusiasmo y la constancia de un equipo decidido, como es el del Centre Excursionista de Puig Castellar, de Santa Coloma de Gramenet.

Deliberadamente los autores han presentado la memoria de los trabajos realizados sin que se pretenda luego su elaboración e interpretación, lo que nos parece otro acierto, ya que de

otro modo, y dado el estado actual de conocimientos del mundo ibérico, la generalización hubiera podido ser un grave inconveniente. Esta memoria, fría, metódica, diríamos casi que exhaustiva, nos proporciona innumerables y valiosas observaciones, así como otros datos de interés que constituyen el primer eslabón serio para una posterior y más general problema de interpretación del mundo ibérico del marco catalán.

Se reúnen en total los datos referentes a dieciocho habitaciones o cámaras, situadas a continuación del sector excavado primitivamente por el Institut d'Estudis Catalans, en la calle n.º 1 del plano general ya publicado.

De cada una de las habitaciones se da una descripción previa, con sus dimensiones y características más importantes, y sigue luego un minucioso inventario de los materiales hallados según su posición estratigráfica, muchos de ellos presentados luego en dibujos y fotografías, con lo que se traslada al lector toda la información que aportó la excavación.

Queremos hacer aquí un inciso para referirnos al morillo que apareció en la cámara N y al que se presta una especial atención en este trabajo. No podemos ocultar nuestra preocupación por la conservación de esta pieza excepcional hasta ahora en nuestros poblados, por cuanto nos consta que progresa su estado de descomposición, lo cual nos anima a solicitar el tratamiento adecuado para evitar su desaparición.

Asimismo se da noticia en esta monografía de los resultados inciertos obtenidos en una prospección realizada en un punto próximo al poblado, en un intento de localización de su necrópolis, así como del hallazgo de varios yacimientos en lugares vecinos a Santa Coloma de Gramenet. Si a todo ello sumamos la puesta al día del plano del poblado de Puig Castellar, habremos de reconocer que la labor efectuada por el equipo del Centre Excursionista y

publicada por el Institut d'Estudis Catalans es francamente positiva. — ANA MARÍA RAURET DALMAU.

MOREL, Jean-Paul: *Céramique à vernis noir du forum Romain et du Palatin*. École Française de Rome, Mélanges d'Archéologie et d'Histoire, Suppléments, 3, París, 1965.

El estudio y publicación de los fondos de antiguas excavaciones, aplicando los conocimientos actuales, es un trabajo útil y al mismo tiempo una gran lección de humildad para los arqueólogos. Nunca como en estos casos se pone de evidencia hasta qué punto pueden obtenerse nuevos resultados, insospechados por el excavador que en su tiempo creyó haber realizado un estudio exhaustivo de su excavación.

Este volver sobre lo ya estudiado (labor oscura y poco espectacular) tiene una aplicación fructífera en los fondos de cerámica campaniense, gran fósil director de las estaciones prerromanas y romanas, que permite en la actualidad fijar con gran exactitud su cronología.

Pocos han sido los que hasta hoy respondieron a la llamada hecha por Lamboglia en 1952 en *Classificazione della ceramica campana*, cuyo estudio terminaba con las siguientes palabras: «Cerramos aquí la enumeración, que deberá ser completada y desarrollada en sus particularidades, mediante sucesivas aportaciones de monografías analíticas... de las que esperamos que este estudio sea el estímulo y el punto de partida».

Entre estos pocos figura Morel, con una nueva aportación, consistente esta vez en un laborioso inventario de los hallazgos de cerámica campaniense en Roma.

Quizá tal inventario peca de excesiva escrupulosidad en la descripción, a la que llega a incorporar incluso el

olor de la arcilla, si bien por el contrario, aporta soluciones dignas de ser tenidas en cuenta, tal como la utilización del *Code universel des couleurs*, de Séguý, para la descripción del color de la arcilla, uno de los escollos más arduos en el detalle de una pieza.

Nos llama la atención que, si bien la obra se titula *Céramique à vernis noir*, el autor utiliza muy raramente tal denominación en el texto y usa casi siempre el término cerámica etrusco-campana, tan caro a los arqueólogos italianos y repudiado por las escuelas inglesa y americana que prefieren el de cerámica barnizada de negro, mucho menos comprometedor.

Morel toma como puntos de referencia para las piezas que estudia, un repertorio de estaciones que juzgamos incompleto (prescinde de Ensérune y de Ampurias) o con base poco sólida, como en el caso de San Miguel de Sorba. Al mismo tiempo, somete a dichas estaciones a un somero estudio crítico, elevando, por ejemplo, las fechas antiguas de Cosa, o bien negando seguridad a las fechas dadas por Benoit para los hallazgos del Grand Congloué.

Los capítulos *La céramique à vernis noir de Rome*, *Evolution chronologique et types de céramique*, *Aires géographiques et types de céramique*, *Esquisse d'un tableau d'ensemble*, *La céramique à vernis noir* y *Conclusion* son excelentes y deberán ser tenidos en cuenta en futuros estudios de este tipo cerámico. Quizás adolezcan de un enfoque demasiado itálico, o sea, vistos desde y para la ciudad de Roma, sin llegar a profundizar en el hecho insólito de que Roma no utilizara en su metrópoli aquellos productos tan abundantes en los países que recibieron su influencia. Roma, dice Morel, no cesa de ser el lugar geométrico de diversas áreas de distribución, la confluencia de corrientes comerciales muy mezcladas que se cruzan o se desvanecen a lo largo de los siglos y que ella misma contribuye a alimentar.

Es interesante la constatación de que a mediados del siglo V a. C. las importaciones de cerámica ática parecen cesar en Roma, donde no se halla tampoco cerámica precampaniense ni protocampaniense en cantidad apreciable. Esta carencia se extiende hasta la primera mitad del siglo II a. C. Se nos ocurre cuán interesante sería saber en qué estaciones del Occidente Mediterráneo se dan análogas circunstancias.

Únicamente debemos lamentar que el autor no utilice su indudable facilidad de síntesis al hablar de los diversos tipos de cerámica campaniense, de los que llega a crear uno nuevo solamente para agrupar las piezas de gran tamaño de la campaniense B, o bien cuando, frente a perfiles no clasificados, cae en la fácil tentación de asignarles un número nuevo — en la ya inacabable serie de formas — en lugar de atribuirle el de la forma que presenta mayores analogías. — J. BARBERÁ

ARRIBAS PALAU, Antonio: *Los iberos*. Aymá, S. A., Barcelona, 1965, 243 págs., 63 figs., 86 láms.

Versión castellana de la obra editada con este mismo título en la colección *Ancient People and Places*, que bajo la dirección del doctor Glyn Daniel publica la editorial Thames and Hudson.

La edición que comentamos viene prologada por el profesor Maluquer de Motes, quien desarrolla una interesante hipótesis sobre el origen del pueblo ibero, presentándonos nuevos y sugestivos planteamientos.

Tras un breve capítulo de introducción, el profesor Arribas Palau inicia el detenido análisis de toda la problemática del mundo ibero en su intento de configurarlo y definirlo con precisión. Siguen luego otros dos breves capítulos dedicados, el primero, al estudio de las distintas hipótesis sobre los iberos, y,

el segundo, a la presentación del marco geográfico en que éstos desarrollan sus actividades. A partir de aquí se enfrenta el autor con el problema de la formación del pueblo ibero e inicia el minucioso análisis de todas cuantas informaciones puedan ayudarnos a definir o contrastar. Los datos de las fuentes históricas, las excavaciones, las representaciones escultóricas y las escenas pintadas en la cerámica, entre otros, son utilizados por el autor para ir reconstruyendo la vida diaria de los iberos, conocer su vestimenta y objetos personales de adorno, su armamento y tipos de guerras o luchas. Una mención especial merecen los apartados dedicados a la lengua y escrituras, y que hoy por hoy constituyen el más claro elemento común de todas las poblaciones iberas. Las excavaciones le sirven para estudiar el trazado de los poblados y la distribución de sus casas, dándonos así valiosas noticias sobre el urbanismo. Sucesivamente estudia luego las instituciones políticas y sociales, el desarrollo de la agricultura, ganadería y pesca, la riqueza minera, el comercio y las monedas. Sus creencias religiosas y el arte de este pueblo —escultura, terracotas, cerámicas y orfebrería— son extensamente estudiados, aportando los últimos y valiosos hallazgos en este campo. Al final de la obra se incluye un apéndice dedicado a las fuentes y unos útiles resúmenes bibliográficos, así como unas breves notas a las láminas que ilustran la obra.

El profesor Arribas Palau ha conseguido, pues, un doble éxito con *Los iberos*; de una parte, presentar al público en general una interesante obra de síntesis, amena, sugestiva. De otra parte, interesar a los investigadores en una serie de problemas hasta ahora descuidados y que se ponen de manifiesto al intentar reconstruir la vida de los pueblos iberos.

En conjunto, un interesante libro de consulta, cuidadosa y profusamente ilustrado, útil para todo tipo de lectores. — RICARDO MARTÍN.

BASS, F. George: *Archaeology under water*, 48.º volumen de las series «Ancient Peoples and Places», London, 1966.

Este libro puede considerarse como una exposición del estado actual de los métodos y técnicas utilizados para el trabajo arqueológico practicado bajo el agua.

No es, por consiguiente, un libro científico, aun cuando los hechos se expongan con perfecta rigurosidad; no es tampoco una obra de vulgarización, a pesar del estilo casi periodístico que lo hace de agradable lectura. El autor se limita a exponer claramente las técnicas y métodos, ilustrándolos con los trabajos de investigación subacuática en que han sido empleados, realizados en distintas partes del mundo y sobre estaciones de muy diversas épocas.

Ya en las guardas del libro se dice que no se trata de una historia de la Arqueología subacuática, sino de una introducción a una disciplina, creyendo que un estudio de esta importante rama de la investigación arqueológica — que ha tenido un tan rápido desarrollo — debería consistir no solamente en una exposición de las técnicas y en una relación de los hallazgos que aquéllas han sacado a la luz, sino más bien en el análisis de cierto número de trabajos, indicando la importancia histórica de cada empresa y los métodos utilizados.

Más adelante se nos advierte que el libro se ha escrito más bien como un largo ensayo sobre arqueología bajo el agua y para mostrar cómo y de qué forma se ha llegado a su actual estado de desarrollo.

El autor ha tomado parte personalmente en los trabajos realizados en Yassi Ada y Cabo Gelidonya, y hace hincapié en la necesidad de que sea siempre el mismo arqueólogo quien se sumerja y dirija la excavación, en lugar de dejarla en manos de submarinistas no especializados.

En la introducción se hacen algunas observaciones sobre la cuestión — no por bizantina menos real — de la denominación de «arqueología submarina», la cual según el autor, no es más que arqueología, no siendo precisa otra denominación, como tampoco la hay específica para los trabajos en cuevas, que también podría llamarse «espeleoarqueología».

Los puntos o estaciones elegidos como ilustración fueron seleccionados con la intención de exponer varios tipos de trabajo diferentes, con sus problemas peculiares, y por esta orientación se omiten importantes estaciones del Mediterráneo que ya han sido debidamente publicadas. A pesar de ello, y como es lógico, se nota en un mayor detalle y en una descripción más vívida las estaciones en que trabajó el autor, lo que debemos agradecerle, ya que nos facilita datos de primera mano de estaciones que no hemos visto reflejadas en nuestras publicaciones, a pesar de su enorme importancia, como en el caso de Cabo Gelidonya.

Es triste y lamentable comprobar que no se cita ni a una sola estación española, y en cambio aparecen cinco en Francia, nueve en Italia, diez en Grecia y cuatro en Turquía. Olvido justo y piadoso, porque lo poco que se ha hecho en nuestras aguas ha sido obra de aficionados o con una parquedad de medios descorazonadora.

Esta escasez de medios hace que consideremos remota la utilización de aquellos métodos en nuestras aguas, tan ricas en interesantes pecios abandonados al saqueo de los turistas. Así, pues, leemos como si fuera un cuento de hadas, la creación y botadura del submarino de investigación «Asherah», de la «National Geographic Society», y que tomemos como ciencia-ficción las técnicas que el autor expone como realizables en un próximo futuro.

Para terminar, creemos útil transcribir la opinión del autor sobre el pecio del Grand Congloué, la cual no puede ser menospreciada por venir de

un arqueólogo especializado en clásico y que ha participado en trabajos submarinos de importancia; dice así: «Esta famosa excavación de un buque mercante romano, la primera que se emprendió con escafandra autónoma, abrió el camino a la arqueología científica bajo el agua. Sin embargo, durante más de cinco años de excavación no se desarrollaron buenos métodos de alzamiento de planos, con el resultado de que solamente una línea oval de puntos representa al buque y a su cargamento en la publicación científica de la estación. De esta área vaga subieron a la superficie miles de piezas cerámicas. Algunos expertos creen que muchas piezas de los niveles superiores del Gran Congloué son 100 años más jóvenes que las de los niveles inferiores. Ello indicaría que los pecios son dos, uno de ellos reposando sobre el otro. La madera del buque superior pudo haberse perdido al no tener la protección del lodo y arena del fondo, pero su cargamento pudo haberse desparramado por encima del anterior. Los excavadores niegan esta teoría, pero no poseen registros para solucionar la disputa en uno u otro sentido.» — J. BARBERÁ.

CALLENDER, M. H.: *Roman Amphorae, with index of stamps*. Oxford University Press. New York, Toronto, 1965. 323 págs., 27 figs. y 7 láms.

En ocasiones un trabajo de síntesis o recopilación sobre determinados sujetos arqueológicos envejece en pocos años por el inmediato descubrimiento o puesta en valor de nuevas piezas, que proporcionan nuevos y más amplios puntos de vista. Tal es el caso de este libro, que, pese a la fecha de edición, según se dice en el prólogo, fue terminado en 1950.

Quince años no son muchos para superar un trabajo que habrá necesitado

casi otros tantos para reunir sus elementos, pero mientras el autor, desde Inglaterra, daba los últimos toques a su obra, en las costas de Provenza estaba iniciándose la Arqueología submarina, que bien pronto alcanzó una enorme difusión tanto en Francia como en Italia y España, aportando centenares de nuevas ánforas, que al ser debidamente estudiadas han duplicado o triplicado en estos pocos años los conocimientos que sobre estos vasos se tenían.

No obstante, no es un trabajo que su tardía aparición haya hecho inútil, ni muchísimo menos, ya que su parte fundamental, consistente en la publicación por orden alfabético de prácticamente todas las estampillas sobre ánfora que por entonces se conocían (reuniendo cerca de dos millares y ocupando más de la mitad del libro), pone de forma fácilmente manejable un amplio *Corpus* de estas pequeñas, pero no por eso poco importantes inscripciones. Es cierto que hoy, gracias a las aparecidas en el mar, se le podrían añadir bastantes más, pero mientras no se recojan y expongan de forma orgánica como en esta obra, será obligado, para identificar una de estas marcas, recurrir al libro de Callender que comentamos.

En cuanto a los breves capítulos que preceden a este extenso índice, si bien en ellos se hallan algunas observaciones originales importantes, en general puede decirse que muchos de sus puntos de vista han sido superados.

El autor destaca en principio, y muy justamente, la peculiar naturaleza del ánfora, que en su fabricación no siguió el mismo proceso que los demás productos cerámicos, ya que mientras éstos presentan una rápida evolución al ritmo de la moda, de la que es posible deducir datos cronológicos a menudo muy precisos, las ánforas, por ser básicamente un envase comercial, sólo evolucionan por el perfeccionamiento o la decadencia de su técnica de fabricación.

Como considera que a esta lenta evolución debe añadirse un largo período de uso, resulta que las ánforas poseen un valor muy escaso como elemento de datación.

Como pruebas aduce la presencia en una bodega descubierta tiempo atrás en Augst (Suiza), de ocho tipos diferentes, más otro representado en una pintura mural, todos evidentemente en uso en el mismo momento, y entre los que se halla un ejemplar de época republicana, otro muy frecuente en Pompeya y la representada en la pared, que generalmente se fecha en el siglo II de la Era.

Asimismo saca a colación las piezas aparecidas en el Castro Pretoriano en Roma rellenando uno de sus fosos, piezas que, como demuestran sin ningún género de duda los nombres de los Cónsules pintados sobre ellas, van desde el 35 antes de J. C. al 45 después. De todos modos, aquí el que todas estuviesen en uso en el mismo momento no es tan claro como en el caso anterior, ya que se trata de una escombrera, que aunque se haya formado de una sola vez, como parece probable, no necesariamente lo sería con ánforas que estuviesen en servicio.

Es de lamentar que Callender no haya tenido en este libro ocasión de considerar los numerosos pecios aparecidos en el Mediterráneo, que casi invariablemente contienen centenares de ánforas de uno o dos tipos, raramente de tres, morfológicamente muy uniformes y que aportan un elemento de juicio, que no parece muy acorde con la hipótesis de uso simultáneo de un gran número de formas diferentes.

Por otra parte, también considera el autor que la diversidad de formas se debe, en la mayoría de los casos, a los diferentes puntos de procedencia del vaso y asimismo al producto que debían contener.

De todo ello, y a modo de corolario, extrae las siguientes conclusiones:

1.ª A efectos de datación, la forma de una ánfora debe usarse con pru-

dencia. El ver significado cronológico en un detalle estructural es totalmente erróneo.

2.<sup>a</sup> Después de vaciadas, las ánforas eran guardadas para ser reemplazadas, y a esto se debe que su vida se prolongase más de cincuenta años.

3.<sup>a</sup> Pese a ello, un cierto número de yacimientos bien fechados puede proporcionarnos valiosos datos cronológicos sobre algunas ánforas.

4.<sup>a</sup> Si las ánforas presentan inscripciones con indicación de procedencia y contenido, de ello se pueden deducir importantes aspectos del comercio antiguo.

Los dos últimos puntos contienen aserciones tan evidentes, que quedan totalmente fuera de discusión, pero no así los primeros.

Es cierto que las ánforas no poseerán jamás la precisión cronológica que puede llegar a tener la vajilla, pero tampoco puede desprejarse en absoluto su forma general o sus pequeños detalles estructurales. Estamos de acuerdo en que en muchos casos son consecuencia de la técnica empleada en su fabricación, que, dado el uso a que se las destina, no es exigente en detalles accesorios, pero esta técnica también evoluciona y afecta a los pequeños detalles. Un ejemplo bien evidente lo tenemos en la diferente altura del labio de la forma Dressel I según su cronología, evolución sólidamente establecida por Lamboglia en el año 1955, basándose en sus hallazgos de Ventimiglia y ampliamente confirmada por la Arqueología Submarina, y cuyo valor cronológico, aunque carece de una gran precisión, es utilizable para períodos de medio siglo.

En cuanto al segundo punto, pensamos que lo más probable es que las ánforas fuesen construidas, llenadas con la mercancía para la que habían sido hechas expresamente, transportadas y, una vez consumido su contenido, tiradas o destruidas. La colosal escombrera del Monte Testaccio creemos que es una buena prueba de ello. Claro que

en ocasiones hallarían una utilidad posterior, diferente a la original, y entonces podían prolongar su vida indefinidamente, y éstas, las reemplazadas, son las que comúnmente se hallan en los trabajos arqueológicos, dando lugar a una apreciación que consideramos errónea.

Sigue Callender exponiendo una clasificación de las estampillas según su composición (nombres de personas, razones sociales, dos o tres letras, etc.) y según su posición en el vaso (en el labio, asa, pivote, etc.), pero en este aspecto las conclusiones que alcanza, si bien han sido en parte confirmadas por hallazgos posteriores, estos mismos hallazgos también han demostrado que la cuestión es mucho más complicada y que difícilmente puede atribuirse a una ánfora un origen o una fecha por el contenido o la posición que sobre ella ocupa la estampilla.

Así, por ejemplo, en ánforas que sin duda alguna son hispánicas, puesto que han sido halladas en las escombreras de los alfares donde fueron fabricadas, se encontraron estampillas de tres letras en el pivote o de *tria nomina* en el labio, caracteres propios de las piezas itálicas, según la clasificación expuesta.

Más adelante se insiste en el nulo valor cronológico de los detalles estructurales y se realiza una extensa refutación de las hipótesis de Pelichet, que supervaloran los diferentes perfiles de labio. Ciertamente, la teoría de este autor, tal como la formuló, es hoy generalmente rechazada, pero en germen contiene una idea que debidamente desarrollada y aplicada, no a piezas sueltas como él hizo, sino a conjuntos amplios, puede dar y de hecho ha dado resultados apreciables.

El autor repite asimismo que la causa determinante de la diversidad de formas es el diferente origen geográfico y muy en especial el contenido a que se las destinaba, y añade una extensa lista de formas en relación con sus contenidos conocidos por las ins-

cripciones pintadas sobre las mismas ánforas. Las formas, aunque con una nueva numeración, están referidas a las de la tabla de Dressel, y las inscripciones son las halladas en Roma y Pompeya publicadas en el C.I.L.

En el capítulo siguiente enumera los usos a que se destinaron las ánforas amortizadas, con lo que en cierto modo viene a coincidir con nuestra opinión de que las ánforas, en cuanto a envase comercial, tuvieron una corta vida, y si sobrevivieron, fueron reemplazadas en usos extraños a su naturaleza. Estos usos secundarios, según Callender, son principalmente: los funerarios, como ofrenda de su contenido o como ataúd; los sanitarios, como *pissoirs*, adjuntando una relación de los lugares de Inglaterra donde han sido halladas con ambos usos. También menciona otros empleos menos frecuentes, atestigüados por la arqueología o las *fontes*, algunos muy chocantes, tales como la utilización de pivotes como búcaro para flores, que, según dice, ha sido comprobado en Pompeya.

Después de tratar ampliamente estas cuestiones, vuelve nuevamente a la del contenido habitual de las ánforas, y nos da una lista de las mercancías que, según las inscripciones halladas sobre los mismos vasos, se envasaban en ellas. Las principales, y que con mayor frecuencia aparecen, son: vinos, en general itálicos; aceite y aceitunas, y ciertos tipos de salsas, aparte de muchos otros poco usuales o que a través del letrado que los enuncia son de difícil identificación.

Incluye también algunos aspectos misceláneos, los más interesantes son los resultados de algunos análisis de pastas, pese a que sólo han esclarecido que ciertas ánforas están fabricadas con arcillas procedentes de zonas volcánicas, y asimismo menciona el hecho de que frecuentemente su interior se encuentra recubierto de pez o resina. Este último extremo ha sido muy a menudo comprobado en hallazgos submarinos donde es casi regla general

que las ánforas presenten esta protección interna.

Aborda por fin la cuestión de las áreas de producción y distribución, sin duda la más interesante para el conocimiento del comercio antiguo. Existen, según explica, varias áreas importantes: Italia, España, Galia y Norte de África, pero sólo sobre las dos primeras se pueden obtener algunas precisiones.

La forma I de Dressel, originaria de Italia, en el siglo I antes de J. C. alcanzó una amplia difusión por toda Europa, llegando a Bretaña y Galia, incluso antes de su conquista militar, y la forma globular Dressel 20, procedente de España, en los dos primeros siglos de la Era consiguió una difusión semejante. De ello deduce que Italia era el principal foco de abastecimiento de Europa, en el siglo I antes de J. C., y que posteriormente este papel lo heredó España.

Este hecho, aunque matizado, parecen comprobarlo los modernos hallazgos submarinos, pero sigue siendo problemático el papel jugado por Galia en el comercio internacional de la época, y otro tanto ocurre con el del Norte de África.

Céntrase el autor en la cuestión del comercio galo, citando y exponiendo una vieja polémica que promovió Villefosse en 1914. Dressel tiempo atrás había excavado someramente el Monte Testaccio, hallando centenares de inscripciones y estampillas, y todo este material epigráfico le indujo a considerar que esta enorme escombrera estaba principalmente constituida por ánforas hispánicas. Villefosse, basándose en el hecho de que en algunas de las estampillas figuraban nombres de personajes de la Galia Narbonense, quiso suponer que las ánforas del Testaccio eran francesas. Es cierto que en Lyon existía, según nos demuestra la epigrafía un *diffusor olearis ex Bética*, pero ello sólo demuestra que en Galia se negociaba con productos hispánicos, y además el hallazgo de Bon-

sor en el valle del Guadalquivir de estampillas que se repiten en el Testaccio demostraron que Dressel estaba en lo cierto.

Callender intenta explicar las exportaciones galas que hasta cierto punto están atestiguadas por las *fontes*, suponiendo que sus productos no se envasaban en ánforas, y a este objeto saca a colación una frase de Plinio, según la cual los pueblos de «más allá de los Alpes» usaban barriles. Considerar Provenza, como un país transalpino es quizás algo arriesgado, pero de todos modos sería una explicación plausible.

Para terminar, se enumeran y discuten algunas cuestiones concernientes al comercio de importación de productos mediterráneos en Gran Bretaña hacia finales del siglo II después de Jesucristo, de un interés muy locali-

zado. Aunque vale la pena mencionar que su decadencia en estas fechas coincide con una crisis semejante en el Mediterráneo, atestiguada por la arqueología submarina.

Se completa el libro con unos pocos mapas de distribución geográfica de algunas de las estampillas más frecuentes, con la publicación en facsímil de casi la mitad de las marcas recogidas, con la reproducción de la tabla de Dressel y con unas cuantas fotos de ánforas.

En resumen, un índice de estampillas utilísimo y que proporciona un elemento de trabajo insustituible, siempre que de este asunto se trate, y unos capítulos de presentación con sagaces atisbos, pero que lamentablemente han visto la luz demasiado tiempo después de haber sido escritos. — RICARDO PASCUAL GUASCH.